

El pueblo de los suicidas

El escritor Julio José Ordovás publica 'Paraíso Alto'



Julio José Ordovás, en una librería. - JORDI COTRINA

ELENA HEVIA BARCELONA

06/11/2017

0

Un lugar donde la gente va a suicidarse. Paraíso Alto (Anagrama). El topónimo sirve de título a la segunda novela del zaragozano Julio José Ordovás, que ha destilado una parábola de aires buñuelecos cargada de soledad y de humor negro. Una novela breve, porque breve es el tiempo que este crítico literario y panadero tiene para la creación literaria. «He de esperar a que mi hijo se duerma, porque le cuesta mucho y no se va a la cama antes de medianoche. Eso ha influido en la atmósfera un tanto sonámbula que tiene la novela».

Alejado de los presupuestos realistas de muchos de sus compañeros escritores en lo que se ha venido a llamar, no sin guasa, el Aragon Power (otra de las etiquetas aglutinadoras que a Jorge Herralde le gusta utilizar), Ordovás toma prestado el nombre de un pueblo real de Teruel para urdir una trama de toques surreales. Un hombre, con aspecto de espantapájaros, llega a ese pueblo fantasmagórico para acabar con su vida pero en el último momento se arrepiente y decide quedarse allí acompañando como ángel guardián a todos aquellos decididos a suicidarse, lo que propicia una procesión de historias extrañas y

extravagantes con ecos de Javier Tomeo, Franz Kafka y Jacques Tardi (a este último y a su cómic Ici Mème debe el aspecto chaplinesco del protagonista).

Pero ya desde la primera línea, «Yo también vine a Paraíso Alto a suicidarme», la novela nos lleva por alusiones a otra geografía, el desierto de Juan Rulfo y su Pedro Páramo. «El desierto mexicano me fascina –cuenta– como me fascinan los pueblos abandonados. Y en Aragón tenemos lo uno y lo otro. Un poeta, Julio Antonio Gómez, dijo que Zaragoza limita al sur con la desolación, y Roberto Bolaño describió su cielo como austero y burlón. En esos secarrales se han llegado a rodar wésterns y es fácil imaginarse un paisaje como el de Rulfo. Nosotros no tenemos esa violencia pero sí ese humor desesperado determinado por el paisaje». Así que a nadie debe extrañarle que esa geografía dramática sea un personaje más de la novela porque Ordovás creció en un pueblo muy cercano a las ruinas de Belchite , y ahora que vive en Zaragoza no ha dejado de soñar con ese lugar «donde conviven vivos y muertos».

PROSA CONCISA / Y todo eso lo cuenta con una prosa concisa y directa que, explica, coincide con su manera de hablar, sin florituras. «Intento que la poesía no se filtre en lo que hago. Tampoco me interesan las frases complejas. Imagínate lo que debería ser tomarte un café con Proust, pese a que era un gran escritor. Pero yo, personalmente, prefiero el estilo desnudo de Simenon».

Tratándose de una parábola no es extraño que Ordovás se declare lector habitual tanto de la Biblia como de La historia de la orden de San Jerónimo del Padre Sigüenza, de la que Juen Benet aseguró que era el mejor ejemplo de una prosa perfecta. «Yo alardeaba delante de mi amigo el escritor Ismael Grasa de que los cuatro años que estudié en un seminario no me habían producido ningún trauma. Pero Grasa, con la ironía que le caracteriza, me soltó que a lo mejor mis lectores no pensaban lo mismo». Y sonríe con inocencia, mientras te cuenta que le gustan esas viejas fotografías de muertos tan populares en el siglo XIX, porque sabe bien que en esos claroscuros está el motor de su literatura.